

## **DOS MODELOS EN TENSIÓN: LA NACIÓN DESEADA Y LA NACIÓN HEREDADA EN ERNEST RENAN**

**José J. Rodríguez Vázquez**  
**Departamento de Ciencias Sociales**  
**Universidad de Puerto Rico en Arecibo**

*A: Pelón, Gaby, Robertito y Gabriela Michelle,  
por brindarme obligaciones y esperanzas*

Ernest Renan ha sido considerado por muchos estudiosos del nacionalismo como el principal exponente de la teoría política contractualista de la nación y un crítico devastador del nacionalismo cultural. Sin embargo, investigaciones más recientes llaman la atención sobre la necesidad de considerar su pensamiento como un todo y relacionarlo con el debate sobre la cuestión nacional que, a lo largo del siglo XIX, se dio entre intelectual franceses, ingleses, alemanes e italianos. Los resultados de estos estudios han cuestionado su aparente humanismo ilustrado para descubrir un teórico del Estado que consideraba como ideal las monarquías republicanas y que lejos de distanciarse del modelo cultural de nación lo consideraba compatible con una teoría de la voluntad política. Rompiendo con el modelo que cree posible considerar cada unidad nacional como un campo intelectual homogéneo, estudiosos como Andrés de Blas Guerrero, Tzvetan Todorov y Martin Thom han planteado, en sus estudios del campo intelectual francés de los siglos XIX y XX, la necesidad de reconocer que la concepción germánico-romántica o cultural de la nación tuvo una tradición francesa que influenció en Renan y que éste, como teórico del Estado, entendía que ninguna unidad política podía sostenerse por la simple voluntad de sus individuos-

ciudadanos.<sup>1</sup>

El contexto político e intelectual de la Europa de mediados del siglo XIX no podía ser más interesante. Dos estados-naciones europeos, enfrentados militarmente, buscaban legitimar sus posiciones a partir de un mismo principio político: la nación. Derrotada Francia por Alemania, el Tratado de Frankfurt había devuelto al país vencedor las provincias de Alsacia y Lorena anexadas anteriormente por Luis XIV. Los criterios para legitimar o cuestionar el derecho de conquista resumían dos concepciones del orden político moderno. Mientras los franceses, con Numa-Denis Fustel de Coulanges a la cabeza, defendían el principio de la voluntad política; los alemanes, con Theodor Mommsen, afirmaban que Alemania tenía el derecho de anexar estas provincias basándose en el concepto de comunidad lingüística-cultural.<sup>2</sup>

En plena guerra franco-prusiana, Renan participó en este debate entre intelectuales franceses y alemanes a través de dos importantes cartas dirigidas a Strauss.<sup>3</sup> La primera carta, fechada el 12 de septiembre de 1870, era una respuesta a una invitación pública hecha por Strauss, en agosto de ese año, para que Renan reaccionara ante la situación apremiante de la guerra. El móvil central para

---

<sup>1</sup>Nuestra reflexión sobre el pensamiento de Renan en torno a la cuestión nacional está basada en los siguientes escritos. Ernest Renan, *¿Qué es una nación?: Cartas a Strauss*. Madrid, Alianza, 1987; Andrés de Blas Guerrero, "Estudio preliminar" en Renan, *ibid.*, pp. 7-39; Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*. México, Siglo XXI, 1991; Martin Thom, "Tribes within Nations: The Ancient Germans and the History of Modern France" en Homi K. Bhabha (ed.), *Nation and Narration*. London, Routledge, 1994, pp. 23-43.

<sup>2</sup>Sobre la cuestión nacional y el desarrollo del nacionalismo en el contexto europeo del siglo XIX véase: Carlton J. H. Hayes, *The Historical Evolution of Modern Nationalism*. New York, Macmillan, 1963; Hans Kohn, *Historia del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1949; Michael Mann, *Las fuentes del poder social II. El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*. Madrid, Alianza, 1997; Hugh Seton-Watson, *Nations and States. An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*. Colorado, Westview Press, 1977; Georges J. Weill, *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*. México, UTEHA, 1961, pp. 209-219; Thom, "Tribes within Nation", en Bhabha (ed.), *Nation and Narration*, pp. 23-43; Liah Greenfeld, *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Cambridge, Harvard University Press, 1992; Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y las difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997; Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1992, pp. 23-53. Maurizio Viroli, *For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism*. Oxford, Oxford University Press, 1997.

<sup>3</sup>Renan, "Carta a Strauss, 13 de septiembre de 1870"; "Nueva carta a Strauss, 1871" en *¿Qué es una nación?*, pp. 89-125.

el epistolario era el conflicto bélico y la pretensión alemana de anexar las provincias francesas de Alsacia y Lorena argumentando que ambas eran parte de la dimensión cultural que definía la nación alemana.

Renan comenzó destacando que tanto Francia como Alemania eran naciones históricas que debían reconocerse y respetarse mutuamente. La nación se había convertido en el gran principio legitimador del Estado moderno, un resultado histórico producto de la combinación de tres elementos esenciales -raza, historia y voluntad-, y ambos pueblos eran portadores de estos elementos porque cada uno poseía una historia, un destino, una cultura y élites dirigentes que le habían dado forma y asegurado su futuro:

Resulta claro que, desde el momento en que se rechaza el principio de legitimidad dinástica, no hay otro que dé una base a las delimitaciones territoriales de los Estados que el derecho de las nacionalidades, es decir, de los grupos naturales determinados por la raza, la historia y la voluntad de las poblaciones.<sup>4</sup>

La teoría renaniana de la nación no era, pues, ni político-voluntarista, ni étnico-lingüística, sino el reconocimiento de la combinación de estos elementos en el pasado, presente y futuro de cada comunidad. Por otro lado, Renan ya se presentaba aquí como uno de los principales exponentes de la teoría elitista de la nación al sostener que las obras económicas, políticas y culturales que fundaban la nacionalidad eran siempre realizadas por las élites dirigentes de la sociedad. En su visión de la historia y la cultura, eran las minorías selectas hacedoras de la alta cultura las que se presentaban como agentes históricos fundadores de la nacionalidad. Las masas no tenían aquí otro lugar que el de objetos pasivos y hasta problemáticos.

El análisis de Renan sobre la nación era una estrategia discursiva para mediar en el debate político. Insistía en reconciliar los enemigos, llamar a la cordura y reordenar el equilibrio político

---

<sup>4</sup>Renan, "Carta a Strauss, 13 de septiembre de 1870" en ¿Qué es una nación?, p. 91.

europeo. Renan quería dejar claro que su crítica al modelo cultural de nación, que servía de teoría legitimadora para la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Alemania, no negaba la importancia de los elementos culturales, ni podía interpretarse como un cuestionamiento de la nación alemana. Lo políticamente prudente e intelectualmente racional era aceptar la unidad indiscutible de la nación alemana al mismo tiempo que se rechazaban sus pretensiones expansionistas:

Alemania tiene el mejor título nacional: un papel histórico de primera importancia, un alma, una literatura, hombres de genio, una particular concepción de las cosas divinas y humanas. Alemania ha hecho la revolución más importante de los tiempos modernos, la Reforma; además, desde hace un siglo, Alemania ha producido uno de los más bellos desarrollos intelectuales que haya existido jamás, un desarrollo que -me atrevería a decir- ha añadido al espíritu humano un grado más en profundidad y extensión.<sup>5</sup>

El error de Alemania era aferrarse a una teoría de la nación que acentuaba uno sólo de los elementos constitutivos de la nacionalidad, descuidando los dos restantes: la historia y la voluntad. Además, el principio étnico-lingüístico de la nacionalidad era inaplicable por las dificultades territoriales que conllevaba y porque sólo servía para un peligroso desmembramiento de los Estados existentes legitimando una euforia expansionista que destruiría el equilibrio político y la civilización europea. Contra el germanismo legitimador del expansionismo alemán señalaba:

Vuestros fogosos germanistas alegan que Alsacia es una tierra germánica, injustamente separada del Imperio alemán. Observe que todas las nacionalidades son territorios mal delimitados; si se pone uno a razonar así sobre la etnografía de cada cantón, se abre la puerta a guerras sin fin.<sup>6</sup>

Para Renan, sólo había una salida honrosa y racional de la guerra: el mutuo reconocimiento de la diversidad nacional europea para fundar a partir de ella una federación entre los Estados

---

<sup>5</sup>Renan, "Carta a Strauss", en *¿Qué es una nación?*, p. 91.

<sup>6</sup>Renan, "Carta a Strauss" en *¿Qué es una nación?*, p. 100.

históricamente constituidos.<sup>7</sup> En esta unidad política, algunas naciones históricas servirían de vanguardia para el progreso de la civilización, mientras muchos grupos étnicos en el espacio europeo serían asimilados permaneciendo como apéndices políticos y culturales de los pueblos más avanzados. Como muchos otros intelectuales europeos del siglo XIX, entre los que podemos destacar a Hegel, Marx, Engels, Acton y Mazzini, Renan sostenía que el principio de las nacionalidades no era universal y que la historia dividía los pueblos en naciones históricas y pueblos sin historia.

En su segunda epístola, escrita después de febrero de 1871, Renan respondía a un escrito de Strauss, publicado en octubre del año anterior, que por razones de la guerra no había podido conocer hasta después del armisticio.<sup>8</sup> En tono reconciliador, pero sin concesiones, comenzaba por afirmar la superioridad del modelo francés de definir la nación. Francia había sido la gran articuladora y difusora del principio liberal democrático de la nación moderna; mientras los alemanes, por su parte, habían hecho suya una teoría étnica de la nación que sólo podía conducir a un debate interminable sobre los orígenes de cada pueblo, es decir, a una "arqueología" que terminaría afirmando "el derecho de los orangutanes sobre la civilización".<sup>9</sup>

En esta segunda carta, Renan reafirmaba que su teoría de la nación era compatible con su proyecto político de la federación europea como una unidad de naciones históricas. Pero aquí, su perspectiva elitista de los individuos y los pueblos se hacía más abierta. Para este pensador aristocrático, nada más ajeno a la realidad política y social humana que la igualdad de los individuos y los pueblos. El igualitarismo había sido el principal error que amenazó con convertir la

---

<sup>7</sup>Renan, "Carta a Strauss" en *¿Qué es una nación?*, pp. 101-102.

<sup>8</sup>Renan, "Segunda carta a Strauss, 1871" en *¿Qué es una nación?*, pp. 107-108.

Revolución Francesa en un desastre irreversible. Este falso principio antinatural había puesto en peligro la vida misma de las élites hacedoras de la historia y provocado la guerra de la multitud contra los grupos selectos. En la visión política y social de este liberal elitista existía siempre un mundo bipolar y los distintos componentes debían reconocerse y perpetuarse como partes de la naturaleza humana y de la Razón histórica: en un lugar las élites, en el otro las masas; en un lugar las razas y naciones históricas, en el otro los pueblos inferiores, sin pasado y sin futuro.

Para Renan, el principio de las nacionalidades aplicaba exclusivamente a las naciones históricas. Se trataba de una forma de autoperpetuarse los pueblos civilizados que, como las élites, tenían el deber de respetarse mutuamente y afianzar su dirección sobre las masas y los pueblos inferiores. Sobre los franceses y alemanes no había ninguna duda de quienes eran: pueblos históricos hechos por sus élites victoriosas; las dos grandes civilizaciones de la Europa continental que debían limar sus asperezas y enfrentarse unidos al gran destino de Europa. Se trataba de naciones diferentes pero iguales; superiores a esas otras nacionalidades menores que debían quedar, sin que esto significase un problema político o cultural, fundidas en el espacio político-territorial y cultural de las naciones civilizadas y civilizadoras. El principio de las nacionalidades sólo aplicaba a determinados pueblos. Francia y Alemania eran "los pares de un gran Senado donde cada miembro era inviolable", pueblos constituidos por la fusión feliz de raza, lengua, historia, religión y, sobre todo, la posesión de una conciencia de su identidad expresada como voluntad:

Sin duda alguna, rechazamos como un error de hecho fundamental la igualdad de los individuos humanos y la igualdad de las razas; las partes educadas de la humanidad deben dominar a las partes bajas; la sociedad humana es un edificio con varios pisos, donde debe reinar la dulzura, la bondad (a la que el hombre está obligado incluso frente a los animales), no la igualdad. Pero las naciones europeas tal como las ha hecho la historia son los pares de un gran Senado donde cada

---

<sup>9</sup>Renan, "Segunda carta a Strauss" en *¿Qué es una nación?*, pp. 113-114.

miembro es inviolable. Europa es una confederación de Estados unidos por la idea común de la civilización. La individualidad de cada nación está constituida, sin duda, por la raza, la lengua, la historia y la religión, pero también por algo mucho más tangible, por el consentimiento actual, por la voluntad que tienen las diferentes provincias de un Estado de vivir juntas.<sup>10</sup>

¿Por qué la importancia de la voluntad? No es difícil encontrar la respuesta. Este teórico del Estado llama la atención sobre el hecho histórico de que los sistemas estatales europeos son esencialmente plurinacionales. La unidad política lograda debía conservarse reafirmando el deseo de unidad más allá de las diferencias culturales que pudiesen existir entre distintas comunidades que convivían en el interior de las fronteras estatales. Raza, lengua, religión, debían ceder ante la memoria compartida y la identidad asumida sobre la que se fundaba el estado-nación moderno. Este rasgo plurinacional de muchos de los estados-naciones modernos en Europa era más obvio en los territorios y poblaciones fronterizas. Debido a los movimientos poblacionales y de fronteras, acaecidos a lo largo de la historia, resultaba prudente que el lugar de muchas comunidades nacionales fuese determinado, más por el pasado común y la identidad deseada, que por sus características lingüísticas, raciales o religiosas. La teoría renaniana afirmaba que la voluntad se ejercitaba a partir de la historia y la cultura realizada y compartida. Esta no flotaba en el aire, ni bastaba por sí sola para fundar una nación moderna. La voluntad era importante pero debía estar acompañada de los otros elementos constitutivos de la nacionalidad. Los mejores ejemplos eran Alsacia y Lorena, zonas fronterizas entre dos naciones históricas que, a pesar de su afinidad lingüística con Alemania, pertenecían por historia y deseo a Francia. Ninguna de éstas era en sí una nación y la opción histórica que tenían era elegir entre asimilarse a uno u otro cuerpo nacional-estatal. Lo que ambas demostraban era que la nación era un producto histórico y no algo eterno, una

---

<sup>10</sup>Renan, "Segunda carta a Strauss" en ¿Qué es una nación?, p. 115.

gran asociación y no una raza:

Nación no es sinónimo de raza. La pequeña Suiza, tan sólidamente construida, cuenta con tres lenguas, tres o cuatro razas, dos religiones. Una nación es una gran asociación secular (no eterna) entre provincias congéneres que forman un núcleo y alrededor de las cuales se agrupan otras provincias ligadas las unas a las otras por intereses comunes, o por antiguos hechos aceptados y transformados en intereses"<sup>11</sup>

El error de los intelectuales y políticos alemanes era su excesivo apego a una perspectiva etnográfica que sólo podía conducir al desastre político arrojando en su dinámica destructiva a la propia Alemania. En la heterogeneidad cultural del espacio europeo se necesitaba ser prudente antes de abrazar de manera absoluta una teoría que hacía sinónimos raza y nación. El modelo étnico era un error científico y político que sólo fomentaría el odio entre los Estados europeos amenazando su equilibrio político con una interminable guerra de todos contra todos:

Nuestra política es la política del derecho de las naciones; la suya es la política de las razas: creemos que la nuestra es mejor. La división demasiado acusada de la humanidad en razas, además de basarse en un error científico -muy pocos países poseen una raza verdaderamente pura-, no puede conducir más que a guerras de exterminio, a guerras "zoológicas" -permítame decirlo- análogas a las que diversas especies de roedores o carnívoros libran por la vida. Esto sería el fin de esta mezcla fecunda, compuesta de numerosos elementos todos ellos necesarios, que se llama la humanidad. Ustedes han levantado en el mundo la bandera de la política etnográfica y arqueológica en lugar de la política liberal; esta política les será fatal.<sup>12</sup>

A poco más de una década, Renan retomó el tema de la cuestión nacional en su hoy famosa conferencia dictada en la Sorbona, ¿Qué es una nación? El contexto seguía siendo el debate político e intelectual generado por la guerra franco-prusiana y la anexión de Alsacia y Lorena llevada a cabo por Alemania. En su discurso, intentó combinar los modelos político y cultural de nación para destacar que el principio de unidad político-territorial de los estados-naciones ya constituidos no

---

<sup>11</sup>Renan, "Segunda carta a Strauss" en ¿Qué es una nación?, p. 119.

<sup>12</sup>Renan, "Segunda carta a Strauss" en ¿Qué es una nación?, pp. 116-117.



podía ser puesto en entredicho por el derecho de conquista. Advertía que utilizar criterios culturales para legitimar la expansión estatal ponía en peligro la estabilidad política lograda a partir de la derrota de Napoleón y la paz de Viena y argumentaba que lo importante en el caso de las provincias de Alsacia y Lorena no era solamente que estas habían manifestado su deseo de permanecer unidas a Francia, sino que ésta última constituía una unidad nacional y estatal que no podía quebrantarse a través de la conquista político-militar.

Al igual que en su epistolario con Strauss, Renan comienza constatando un hecho histórico ineludible: la vigencia histórica del principio nacional como código legitimador del Estado moderno. Entre las diversas formaciones socio-políticas que caracterizaban la historia de la humanidad, la nación aparecía como un nuevo producto de la evolución que debía ser reconocido y definido. La Razón histórica había clausurado el tiempo de las aspiraciones imperiales en el espacio europeo para construir allí una diversidad "de pueblos realmente existentes" obligados a reconocerse y solidarizarse para mantener el equilibrio político de la región y el progreso de la civilización.<sup>13</sup> Francia, Inglaterra, Alemania y Rusia eran sin lugar a dudas individualidades históricas indispensables para el desarrollo futuro de la humanidad. No obstante, sobre esta realidad histórica, política y teórica, se posaba una paradoja amenazante. El nuevo principio nacional, la idea misma de nación, se confundía con un afán etnológico que reducía lo nacional a un asunto racial y cultural proponiendo que el criterio lingüístico fuese utilizado para trazar las fronteras políticas entre los pueblos.

A lo largo de la conferencia la interrogante sobre la nación se repetía una y otra vez como estrategia para confrontar otras perspectivas históricas y políticas. La primera polémica de Renan

---

<sup>13</sup>Renan, ¿Qué es una nación?, pp. 59-61.

era contra el pensamiento nacionalista, sobre todo el etnográfico, que pretendía afirmar el carácter permanente de la nación. Este tipo de nacionalismo, suponía que las naciones eran entes eternos que se encontraban en el espacio desde los orígenes del tiempo y pensaba la historia como el cambio de formas de una esencia inmutable que, si bien podía estar dormida durante siglos, había despertado para reclamar la realización política de su naturaleza. Contra esta postura, la respuesta crítica de Renan es definitiva: la nación era un producto histórico, no había existido siempre, era más nuestro presente y resultaba incierto su futuro.

Se hacía pertinente hacer un reconocimiento rápido de las formas socio-políticas que habían existido en la historia de la humanidad para establecer el momento y algunas características de la nación moderna. En la antigüedad, las formas políticas no fueron nacionales y el Estado antiguo nunca fue Estado de ciudadanos. Las ciudades-estados carecieron de extensión territorial; mientras a las comunidades bárbaras les faltó el Estado unificador. Los imperios, incluyendo el romano, no lograron edificar un estado-nación moderno y su unidad político-administrativa dejó intacta la diversidad cultural entre los pueblos. Para Renan, fueron los pueblos germanos los que sentaron las bases de las sociedades europeas con una diversidad de dinastías y aristocracias militares y fue luego de la desintegración del imperio carolingio que se afianzaron definitivamente las bases políticas de los Estados modernos, todavía sin alcanzar su fase nacional. Los Estados dinásticos feudales fueron poblacionalmente heterogéneos, pero adquirieron unidad religiosa y lingüística y, sobre todo, política. Uno de los ejemplos de esta vía dinástica de formación nacional era la misma de Francia que, según él, ya desde el siglo X parecía cobrar forma como nación. Claro está, se trataba todavía de una nación incompleta, medieval y aristocrática, marcada por un sistema de

clases cerrado.<sup>14</sup>

La respuesta inicial a la interrogante central que provoca su discurso, la nación es un hecho histórico, invitaba necesariamente a otro bloque de preguntas: ¿cómo y quiénes han ayudado a su realización? Este es uno de los aspectos más importantes de su discurso porque permite destacar tres planteamientos que siguen presentes en los debates entre los estudiosos del nacionalismo: la polémica entre modernos y tradicionales; la teoría elitista de la formación nacional y la teoría de las vías históricas de aparición de la nación.

La respuesta que da Renan a cómo y quiénes hacen lo nacional lo convierte en uno de los primeros críticos de la teoría de la nación como un fenómeno moderno, que pretende fundar sus orígenes en las nuevas clases y en el proceso de consolidación de la modernidad que culmina con dos grandes olas revolucionarias: la económica-industrial y la política. La historiografía nacionalista francesa, encabezada por Michelet,<sup>15</sup> postulaba un modelo discontinuista de fundación nacional. Para ésta, la nación emergía de la ruptura revolucionaria que imponía la modernidad en el plano económico, social, político y cultural.<sup>16</sup> Renan, por el contrario, quería reevaluar el papel de la aristocracia y la monarquía como élites heroicas que ayudaron a la creación de la unidad político-territorial que hizo posible la nación moderna, según le parecía obvio en el caso de Europa occidental, y mirando hacia el pasado feudal pretendía establecer un modelo continuista que

---

<sup>14</sup>Renan, *¿Qué es una nación?*, pp. 60-65.

<sup>15</sup>Véase: Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992; Todorov, *Nosotros y los otros*.

<sup>16</sup>Para un análisis crítico de las tesis desarrolladas por los estudiosos de la nación y el nacionalismo que consideran ambos fenómenos un resultado de los procesos económicos, políticos o culturales de la modernidad véase: Anthony D. Smith, *Nations and Nationalism in a Global Era*. Cambridge, Polity Press, 1995; *Nacionalismo y modernidad*. Madrid, Istmo, 2000; Adrian Hastings, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

permitiese reconocer la formación de la nación como un proceso de larga duración.<sup>17</sup>

Revaluar el papel de la aristocracia era para Renan establecer un reconocimiento del pasado, mirando más allá del ayer inmediato, que permitía afianzar el poder de la tradición a través de la invención de las tradiciones del poder. Si el enfoque moderno revolucionario presentaba la nación como el producto de un corte fundacional, la perspectiva continuista explicaba su formación histórica enlazando el pasado y el presente. Renan se proponía debatir con la Ilustración revolucionaria y la historiografía burguesa nacionalista reprochándoles el haber olvidado el papel histórico de la monarquía. A casi un siglo de distancia, le parecía necesario rechazar el peligro de un igualitarismo revolucionario que había destruido a la élite feudal y amenazado sus logros políticos y culturales. Como teórico del Estado, temía a la revolución y sus excesos, llamaba al reconocimiento y la reconciliación y se manifestaba como un liberal contrario al igualitarismo y a cualquier tipo de democracia política que pretendiese borrar las diferencias esenciales para el progreso de la civilización. Este "liberal conservador", que todavía en la segunda mitad del siglo XIX pensaba como forma política ideal la monarquía constitucional,<sup>18</sup> creía que la historiografía burguesa francesa adeudaba a su aristocracia un reconocimiento que debía saldarse y era la tarea de los "espíritus cultivados" cumplir el pago:

La unidad se hace siempre de un modo brutal; la unión de Francia del Norte y la Francia del Mediodía ha sido el resultado de un exterminio y un continuo terror durante cerca de un siglo. El rey de Francia, que es -me atrevería a decir- el tipo ideal de cristizador secular; el rey de Francia, que ha hecho la más perfecta unidad nacional que haya existido; el rey de Francia, visto desde demasiado cerca, ha perdido su prestigio; la nación que había formado le ha maldecido y hoy sólo los

---

<sup>17</sup>Blas Guerrero, "Estudio preliminar", en Renan *¿Qué es una nación?*, pp. 13-25; Todorov, *Nosotros y los otros*. Esta postura de Renan ha sido retomada por algunos estudiosos del nacionalismo. Véase: John R. Armstrong, *Nation before Nationalism*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982; Greenfeld, *Nationalism*; Josep R. Llobera, *El dios de la modernidad*. Barcelona, Anagrama, 1994; Anthony D. Smith, *National Identity*. Reno, University of Nevada Press, 1991; Hastings, *The Construction of Nationhood*.

<sup>18</sup>Blas Guerrero, "Estudio preliminar", en Renan, *¿Qué es una nación?*, pp. 7-25.

espíritus cultivados saben lo que valía y lo que hizo.<sup>19</sup>

¿Cómo se forja una nación? ¿Quiénes la realizan en el tiempo y el espacio? El enfoque continuista de mirar hacia el pasado feudal y reconocer el papel de primer orden jugado por la aristocracia y la monarquía en la fundación de la nación moderna pone en acción una teoría elitista de su formación. En este punto, vemos reaparecer el anti-igualitarismo expresado en su segunda carta a Strauss. Renan consideraba la nación el resultado de un largo proceso histórico en el que se fundía la población y el territorio para dar paso a una unidad espiritual que se ponía de manifiesto como voluntad política. La fusión de estos elementos objetivos se había realizado bajo la dirección de las élites dirigentes que realizaron las hazañas memorables en todos los planos de la vida social. Para él, las élites eran las verdaderas fundadoras de la nacionalidad y sin ellas no habría historia y nación. El mérito de éstas era haber dotado de unidad a la comunidad y realizado las formas materiales y espirituales esenciales que habían hecho posible su existencia.

La tarea principal de una de estas minorías selectas, la élite letrada, era reconocer "la forma brutal en que se hace siempre la unidad" nacional poniendo en práctica una memoria selectiva que, mediante el doble esfuerzo del recuerdo y el olvido, fuese capaz de reconocer los logros de los grupos dirigentes. La sentencia era contundente: la unidad era el resultado histórico del esfuerzo de las élites y se había hecho con una fuerte dosis de violencia y opresión. La tarea de los letrados era edificar el procerato heroico y manipular la memoria para reconciliar los contrarios, ayudando a cicatrizar las heridas reales e imaginarias provocadas por las luchas sociales, políticas y religiosas. Si algo resultaba importante en el concepto de nación era su acento integrador, su construcción imaginaria de la comunidad reconciliada.

---

<sup>19</sup>Renan, *¿Qué es una nación?*, pp. 66, 69-70.

Si el proceso de formación de las naciones modernas ha sido uno caracterizado por luchas, conquistas y desigualdades políticas y sociales, entonces éstas necesitan ser pensadas de forma selectiva. La misión del intelectual no consiste en construir una historia total de los hechos pasados y descifrar su verdad, sino, por el contrario, debe ser saber aplicar adecuadamente una dosis necesaria de olvido y error. La nación es una toma conciencia que requiere de edificar una memoria capaz de dotarle de un pasado que asegure la legitimidad de su presente y su destino. Pero esta memoria conlleva poner en práctica una "política del olvido" que dé forma a una "memoria rota".<sup>20</sup> Para Renan, la memoria que se necesita poner en acción para fundar la nación debe ser una memoria mítica y heroica y no una historia científica:

El olvido, y hasta yo diría que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, de modo que el progreso de los estudios histórico es a menudo un peligro para la nacionalidad. La investigación histórica, en efecto, proyecta luz sobre hechos de violencia que han ocurrido en los orígenes de todas las formaciones políticas, incluso en aquellas cuyas consecuencias han sido más beneficiosas. La unidad se hace siempre de modo brutal...

... Ahora bien, la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado muchas cosas.<sup>21</sup>

Ahora bien, todo esto era una recomendación y no un reproche dirigido contra liberales y nacionalistas. Teórico del Estado, enemigo de los movimientos populares y el socialismo, Renan veía la nación como un cuerpo social que, más allá de sus luchas sociales, debía conquistar su armonía a través de una sabia combinación de memoria y olvido. Su discurso, que hablaba al poder y era una teoría sobre su organización, abogaba por un orden político integrador capaz de superar los conflictos internos. Su teoría de la nación, como teoría para el Estado, le asignaba a éste la tarea de llevar a cabo un proceso de reconciliación social que hiciese posible su función como agente

---

<sup>20</sup>Utilizo aquí las metáforas de Arcadio Díaz Quiñones en La memoria rota. Río Piedras, Huracán, 1993.

<sup>21</sup>Renan, ¿Qué es una nación?, pp. 66-67.

organizador de la civilización. En este sentido, su crítica del modelo cultural de nación, más que una negación del nacionalismo, servía para articular una forma de nacionalismo que busca convertirse en discurso oficial. Su concepción aristocrática de la nación, como producto de minorías selectas, se complementaba con su teoría política-psicológica para asignar a los intelectuales la tarea de organizar la memoria unificadora. El intelectual debía pues educar al político, funcionar como intelectual orgánico del Estado.

¿Cómo había emergido la nación? Para Renan existían diversos caminos históricos de creación de la nación moderna. El caso de Francia, como el de otros estados-naciones de Europa occidental, era sólo un ejemplo histórico particular que no se repetía en el resto de Europa continental. Allí, junto al modelo aristocrático aparecían dos nuevas rutas:

La nación moderna es, pues, un resultado histórico producido por una serie de hechos convergentes en el mismo sentido. Y esto, tanto la unidad haya sido realizada por una dinastía, caso de Francia, como si ha sido formada por la voluntad directa de las provincias, caso de Holanda, Suiza y Bélgica, o por un espíritu general, tardíamente vencedor de los caprichos del feudalismo, como es el caso de Italia y Alemania.<sup>22</sup>

Aquí también Renan es un precursor del debate actual entre los estudiosos del nacionalismo. Apunta a lo que ha sido considerado por muchos el rasgo específico de la vía occidental de formación de la nación: la existencia previa del Estado territorial desde el período medieval hasta el orden político absolutista. Por otro lado, su reconocimiento de una diversidad de rutas hacía posible utilizar su división de Europa, entre Occidente y su parte no-occidental, para sentar las bases geopolíticas de esos dos tipos de nacionalismos que ya debatían en el campo político e intelectual europeo. Occidente se presentaba como el espacio geográfico e histórico de un nacionalismo político-civil integrador, mientras la Europa continental no-occidental aparecía como

---

<sup>22</sup>Renan, ¿Qué es una nación?, p. 67.

el espacio de un nacionalismo étnico-lingüístico fragmentador de las unidades políticas absolutistas o unificador de espacios políticos fragmentados que no alcanzaron en el período feudal su unidad.<sup>23</sup> En Occidente, la formación nacional era un logro de la acción política unificadora de la aristocracia; en la zona no-occidental, como lo demostraba el imperio austríaco y ruso, la aristocracia fracasó, incluso bajo el absolutismo, en llevar a cabo la integración y la nación emergió de la voluntad de las mismas provincias o de un espíritu moderno de unificación.

No debe extrañarnos que Renan, luego de haber reconocido el papel de la aristocracia medieval en la formación de la nación moderna, destaque las limitaciones del período y las clases feudales. El ejemplo de Europa occidental no podía generalizarse. Por un lado, casos concretos como los de Estados Unidos, Holanda y Suiza demostraban la posibilidad de unidades nacionales que no tenían como base un orden dinástico previo. Por otro lado, el fracaso del absolutismo en Europa central y del este para realizar la unidad nacional era incuestionable. Quedaba pues volver a la pregunta inicial: qué es una nación. En el debate político e intelectual europeo existían al menos dos grandes modelos de la nación que debían confrontarse para establecer una definición correcta de este acontecimiento histórico. Un modelo político de nación, de esa tradición francesa de la cual Renan se sentía heredero y portavoz, destacaba la combinación de los elementos culturales históricamente realizados con el deseo de unidad política. El otro modelo, predominante entre la intelectualidad alemana, estaba obsesionado con establecer las condiciones objetivas de la nación a partir de los componentes culturales reduciendo el principio político nacional a una cuestión de raza, lengua, cultura y geografía. Sobre este modelo etnográfico era que la tradición política debía

---

<sup>23</sup>Véase: Kohn, Historia del nacionalismo; John Plamenantz, "Two types of Nationalism, en E. Kamenka (ed.), Nationalism. The Nature and Evolution of an Idea. Londres, E. Arnold, 1976; Hannah Arendt, Los orígenes del totalitarismo. Madrid, Alianza, 1981, 3 vols., II, pp. 293-316.



realizar su trabajo de crítica.

Para Renan, la nación como voluntad y la nación como unidad cultural no eran dos concepciones opuestas sino complementarias. Su crítica al modelo cultural era, más que la negación de una base cultural nacional, una confrontación con sus insuficiencias o el reconocimiento de su falta de aplicabilidad en muchos contextos histórico-sociales. Lo que deseaba señalar era que, además de los elementos raciales, lingüísticos, religiosos y geográficos que podían tener alguna utilidad al momento de definir una nación, se hacía imperativo completar la explicación de su aparición mediante el reconocimiento del papel jugado por la conciencia y la voluntad política. Para él, elementos como la lengua y la raza eran sólo partes de una serie de factores objetivos que se concretizaban históricamente con la aparición de una conciencia ética de grupo que se expresaba como voluntad política de pertenencia e identificación como nación.<sup>24</sup>

En el discurso de Renan, la respuesta a la pregunta central sobre qué es una nación se convierte en una crítica de los criterios culturales objetivos de definir la nación, tratados individualmente. La llamada pureza racial era inexistente. Factores como el Imperio romano, el cristianismo, las invasiones bárbaras, el Imperio carolingio y los Estados medievales habían provocado una mezcla que sólo hacía posible hablar de raza en el sentido cultural y no biológico. Europa y sus múltiples Estados podían pensarse como una raza sólo en el sentido de una civilización, pero jamás como el producto de un sólo grupo biológico. En el espacio europeo y en el interior de cada una de sus unidades estatales no era posible sostener que la población estaba hecha de una sola raza y había que reconocer que la grandeza europea era un producto de la diversidad y

---

<sup>24</sup>Renan es aquí un precursor de la tradición político-psicologista que define la nación como cuerpo consciente y deseo político y que tiene como dos de sus principales exponentes entre los estudiosos del nacionalismo a Kohn y Connor. Véase: Kohn, Historia del nacionalismo; El nacionalismo. Su significado y su historia. Buenos Aires, Paidós, 1967 Walker Connor, Etnonacionalismo. Madrid, Trama, 1998.

el mestizaje. Más que a una cuestión biológica, el concepto de raza sólo podía referir a unidades culturales diferenciadas que eran un producto histórico y se encontraban siempre transformándose. Las naciones modernas más avanzadas de la Europa occidental eran el mejor ejemplo de la poca importancia que había tenido en la formación de la unidad política nacional la pureza racial biológica.<sup>25</sup>

Lo mismo sucedía con la lengua que, si bien era esencial para la comunicación y la solidaridad de un grupo, no obligaba a concluir que todos los que hablaban un mismo idioma constituían una sola nación. Ejemplos históricos sobran. Ahí estaba la diferencia entre Estados Unidos e Inglaterra y la que se había fraguado entre los múltiples estados-naciones hispanoamericanos y España, que, a pesar de que hablaban un idioma común, se pensaban a sí mismas como naciones distintas. Por otro lado, Suiza demostraba la existencia de una nación plurilingüística cuya voluntad de nación hacía sólida su unidad política.<sup>26</sup> Convertir las diferencias de idiomas en base para las fronteras políticas era descabellado. Incluso el apego exagerado a la propia lengua sólo podía conducir al aislamiento y el empobrecimiento de la cultura de una comunidad. Este francés germanófilo insistía una y otra vez en que la dinámica de la civilización europea estaba en el diálogo-debate permanente de sus culturas particulares y reconocía el florecimiento del pensamiento alemán de los siglos XVIII-XIX como una aportación significativa a la civilización europea.<sup>27</sup>

Una postura similar había que asumir cuando se consideraban factores como la religión, los intereses, la geografía y las necesidades militares. La primera se había convertido en asunto privado

---

<sup>25</sup>Renan, *¿Qué es una nación?*, pp. 70-76.

<sup>26</sup>Renan, *¿Qué es una nación?*, pp. 76-77.

y no público y ya Europa conocía los desastres hacía donde conducían las disputas religiosas. Los intereses, como todos los demás elementos aislados, eran importantes pero no suficientes. La búsqueda de las fronteras naturales de los Estados era ridícula, un pretexto para poder asediar constantemente al vecino con el fantasma de un reclamo y una invasión.

Rechazado el modelo cultural, tal parece que Renan es el mejor exponente de la teoría de la voluntad como fuerza fundacional de la nación. Sin embargo, leyendo atentamente descubrimos su interés en establecer el mutuo reconocimiento de ambas perspectivas y su necesaria combinación. Para él, los elementos objetivos, como lengua, religión, intereses y geografía, eran importantes pero "no es suficiente para crear un principio espiritual" como la nación. ¿Qué faltaba? Dos factores fundamentales enlazaban los tiempos y daban vida a la nación. Por un lado, la memoria de un pasado de luchas compartidas, un "rico legado de recuerdos" a través de los cuales se tomaría conciencia de la existencia colectiva. Recuerdos que eran, para Renan, los de una memoria heroica que exaltaba las hazañas y los sujetos fundacionales del espíritu nacional. Toda nación era un resultado histórico donde se habían condensado "grandes cosas que nos son comunes" y había que saber darle forma a esta memoria y difundir su saber en todo el conjunto social para asegurar el presente y el futuro de la nacionalidad.

Por otro lado, la nación, como comunidad hecha en el tiempo por los actos de las minorías heroicas fundacionales, debía ser también voluntad de nación. Memoria y deseo de continuar ligados hacían de la continuidad del pasado y el presente un pasaporte para la realización de un destino. Para Renan, la nación era una comunidad históricamente constituida a partir de un pasado compartido y el deseo de un presente y un futuro unido. La misma se constituía a través de la

---

<sup>27</sup>Thom, "Tribes within Nation" en Bhabha, Nation and Narration, pp. 23-43.

memoria selectiva y el deseo y consistía del haber hecho y el querer hacer, de una herencia y un programa a realizar:

Una nación es pues una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y los sacrificios que todavía se están dispuesto a hacer. Supone un pasado; se resume, no obstante, en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común. La existencia de una nación es (perdónenme esta metáfora) un plebiscito de todos los días...<sup>28</sup>

Sin embargo, la teoría de la voluntad no debía desembocar en la negación de una serie de elementos objetivos que hacían posible la nación. Todo estado-nación moderno debía sostenerse sobre la realidad objetiva de un pueblo-nación que podía definirse por sus elementos culturales. Así, incorporándose al registro de la metafísica romántica, la nación se definía como un ente inmaterial:

Para nosotros una nación es un alma, un espíritu, una familia espiritual; resulta en el pasado de recuerdos, de sacrificios, de glorias; con frecuencia de duelos y de penas comunes; en el presente, del deseo de continuar viviendo juntos. Lo que constituye una nación no es el hablar la misma lengua o el pertenecer al mismo grupo etnográfico; es haber hecho grandes cosas en el pasado y querer hacerlas en el porvenir.<sup>29</sup>

La teoría renaniana de la nación como voluntad no era voluntarista y no pretendía serlo. La voluntad era nada sin un "alma" y los recuerdos del pasado. En este sentido es posible decir que en su teoría de la nación el esencialismo del modelo cultural se reinstala y combina con una teoría del deseo. El "alma", la memoria y la voluntad integradora definen el "nosotros" y nos distingue de los demás. Este teórico conservador del Estado moderno hacía un llamado político a las clases dirigentes de la nación francesa. Por un lado, para realizar hacia el interior la integración nacional y,

---

<sup>28</sup>Renan, *¿Qué es una nación?*, p. 83.

<sup>29</sup>Renan, *¿Qué es una nación?*, pp. 72-73, 106.

por otro lado, para defender hacia el exterior un orden interestatal de Derecho. Al mismo tiempo hacía un reconocimiento y una advertencia a los intelectuales y políticos europeos: es necesario reconocer la existencia de las naciones modernas pero es peligroso utilizar para ello un criterio racial o lingüístico. El resultado de esta teoría, como habían visto Marx, Engels y Acton, podía ser nefasto para el orden político europeo. Renan es un teórico del Estado que teme a la democracia, un intelectual resignado a las formas político estatales modernas. Pero, si la nación era un fenómeno histórico y no algo natural, podía adaptarse a nuevas formas de organización política y hasta desvanecerse en el futuro histórico. Para él, la nación es una "ley del siglo en que vivimos" y una necesidad política cuyo destino es incierto y podía ser superada por la confederación europea. Este teórico de la nación afirmaba que no todas las comunidades constituyen naciones, que no todas éstas tienen la posibilidad de realizarse políticamente y que muy pocas de ellas habrán de perdurar en el devenir histórico:

Las naciones no son algo eterno. Han tenido un inicio y tendrán un final. Probablemente, la confederación europea las reemplazará. Pero no es ésta la ley del siglo en que vivimos.<sup>30</sup>

La conclusión a la que llegaba era una propuesta. En los inicios de la era imperialista, temeroso de los efectos de la guerra, Renan buscaba fundar un proyecto político para realizar una unidad europea que no fuese unívoca sino polifónica, una unidad de lo diverso que haría posible la dinámica de su deseada civilización. La competencia imperialista y dos guerras mundiales escenificadas en el espacio europeo parecerían haber sepultado su sueño, pero ya que hoy lo hemos visto resurgir con gran ímpetu, quizás podamos imaginarlo abogando por una memoria selectiva, por una política del olvido, y

---

<sup>30</sup>Renan, ¿Qué es una nación?, p. 84.

reafirmandose en su tesis de que la unidad, por paradójico que parezca, se hace de forma brutal, sobre hechos sangrientos que deberán superarse con el olvido y el deseo.